



manuel olimón nolasco

historiador

UMBRAL

LA SANTIDAD Y LOS SUCESORES DE PEDRO

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

A la hora de mirar la larga lista de los sucesores del apóstol Pedro en la sede romana, “madre y cabeza de las Iglesias”, nos encontramos con una larga lista de santos en el curso de los primeros siglos; algunos mártires, otros—muchos—confesores. Pues en la tarea entregada por el propio Jesucristo a Pedro: “confirmar en la fe a los hermanos”, es decir, sostenerlos por encima de todo en un mundo hostil y refractario, las fuerzas humanas han de ponerse bajo la guía del Espíritu divino para poder llevar adelante una responsabilidad que no podría cumplirse con los heroísmos más grandiosos.

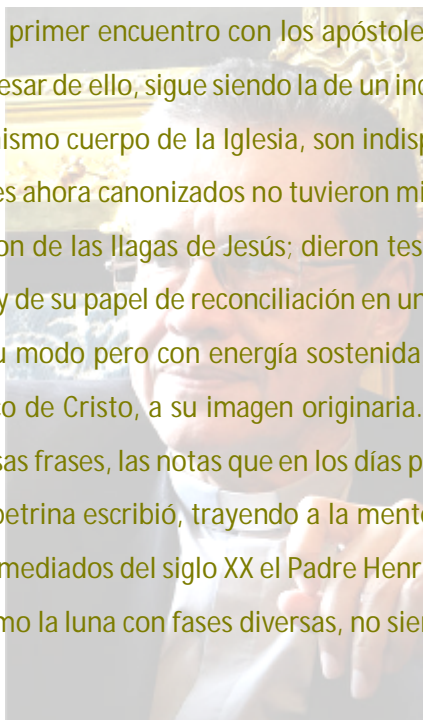
Sin embargo, conforme el mundo cristiano fue entrando en la Edad Media, a la hora de los años del Renacimiento y de los que fueron dominados cada vez más por la corriente antropocéntrica y racionalista, la lista de Pontífices comienza a carecer de santos, dada la contaminación mundana de la corte de Roma. La excepción luminosa, fruto de la renovación de la Iglesia “en su cabeza y en sus miembros” impulsada en el Concilio de Trento, fue San Pío V, encarnación de la reforma católica.

Tendremos que acercarnos al siglo XX para volver a encontrar la santidad en los pontífices romanos: San Pío X, el “Papa de la eucaristía” y a partir del 27 de abril del año actual, domingo de la Divina Misericordia, a San Juan XXIII y San Juan Pablo II. A la alegría manifestada por multitudes en esa ocasión, se agrega el anuncio reciente de la beatificación, el próximo 19 de octubre, de Su Santidad Paulo VI, figura discreta que escondía a un hombre profundamente espiritual y de una cultura humanista singular que no pocos tuvieron como debilidad frente a las corrientes mundanas del siglo.

La Plaza de San Pedro presentó el día de la doble canonización un aspecto impresionante: una multitud que no sólo cuantitativa sino que testimoniaba silenciosamente o por medio de expresiones escritas en carteles o manifestadas en aplausos y afirmaciones en voz alta, el “sentido de fe” del pueblo de Dios, que acompaña las acciones que definen el rumbo de la Iglesia mediante su magisterio supremo.

La homilía del Papa Francisco fue breve, sorprendentemente breve. No obstante, esa brevedad fue más bien concentración en lo esencial que alabanza externa o respuesta a objeciones que no han faltado, sobre todo en el caso del Papa Juan Pablo.

Se dirigió el pontífice a la contemplación de las llagas que Jesús resucitado mostró a Tomás, quien no había estado presente en el primer encuentro con los apóstoles reunidos y asustados y al acto de fe del apóstol cuya fama, a pesar de ello, sigue siendo la de un incrédulo. Subrayó que esas llagas, notorias en el mundo y en el mismo cuerpo de la Iglesia, son indispensables para creer en el amor de Dios. Indicó que los pontífices ahora canonizados no tuvieron miedo de las llagas del mundo que encontraron ni se escandalizaron de las llagas de Jesús; dieron testimonio cualificado de la misión de la Iglesia en nuestro tiempo y de su papel de reconciliación en una humanidad sufriente y a veces desesperanzada. Cada uno a su modo pero con energía sostenida, buscaron restaurar a la Iglesia, pueblo de Dios y cuerpo místico de Cristo, a su imagen originaria. No dudo que el Papa Francisco haya tenido presente al decir esas frases, las notas que en los días precedentes al cónclave en el que fue electo para ocupar la silla petrina escribió, trayendo a la mente la comparación que hacían los Padres de la Iglesia y recordó a mediados del siglo XX el Padre Henri de Lubac, sobre Cristo como un sol esplendoroso y la Iglesia como la luna con fases diversas, no siempre reflejando esa luz brillante “para las naciones.”



Definió nítidamente el valor de la santidad reflejada en los dos Papas del siglo XX: Juan XXIII fue el Papa de la docilidad al Espíritu Santo, quien se dejó llevar por ese soplo impetuoso que le hizo definir al Concilio convocado por él “contra viento y marea” como “un nuevo Pentecostés”, como una irrupción del Espíritu en una humanidad sedienta. Juan Pablo II fue el Papa de la familia, insistente en ese valor íntimo sin el cual el futuro de las generaciones humanas está hipotecado.

La santidad es una cualidad divina. Él es el Santo. Si se canoniza en esta tierra a algunos cristianos, es porque han sido canales dóciles y creativos de la santidad divina. Llegan a ser por ello, únicos e irrepetibles, pero pueden servir de modelo e intercesión para las mil maneras posibles del estilo cristiano.

Gracias a Dios por estos dos modelos de vida de nuestro tiempo, don para la Iglesia y la humanidad.

